

Con descubierta frente  
Mi débil voz alzará  
Para que en ambos polos resonará  
Y, esforzando el acento,  
El eco hasta el Olimpo llegaría;  
Dejara el sacro asiento  
Por escuchar mis sonos  
El coro de los dioses; de alegría  
Bañadas sus mansiones,  
Y todos admirados  
De versos de un mortal al cielo alzados.  
Cantara cómo unida  
Cual bélico escuadrón esta asamblea,  
Ha dejado vencida  
A la osada ignorancia  
Que, llena de furor, gime y pateo,  
Queriendo con instancia  
Traspasar estas puertas,  
Que para tantos sabios mira abiertas.  
Y cómo descendiendo  
Minerva de la cumbre del Parnaso,  
Y un sordo ruido haciendo  
Con su fuerte armadura  
Al tiempo de moverse, agita el paso,  
Y con pujanza dura  
Quebranta su fiera,  
Humillando á sus plantas su cabeza.  
Esparce por la sala  
Un olor de ambrosia que conforta  
El ánimo y regala;  
Al estudio, á la ciencia  
A todos sus alumnos los exhorta  
Con férvida elocuencia,  
Al rayo semejante,  
Que cuanto toca abrasa en el instante.  
Se encamina cual viento  
Al palacio del Tiempo codicioso;  
Impele con el cuento  
De su robusta lanza  
Las puertas y su quicio poderoso,  
Y descubre la estancia  
De las preciosidades  
Que su dueña ha robadas por las edades.  
«Aquí, hijos generosos  
De Asta-Regia, teneis, dice la diosa,  
Los hechos más gloriosos  
De vuestro patrio nido,  
Que en polvo infame, en noche tenebrosa  
Los ha el tiempo sumido;  
Porque sabe que el hado  
Librarlos de su acero ha decretado.  
»Con diligente mano  
Arrancad de las suyas un tesoro  
Tan rico y soberano,  
Libre de la carcoma  
Haced que resplandezca como el oro;  
Que ya el día se asoma  
En que adore á la España  
Cuanto Febo calienta, la mar baña.  
»Y en tanto que se llega  
Este precioso tiempo, que adivino,  
Que sus alas despliega  
La voladora fama,  
La trompa al labio aplica, y són divino  
Por el orbe derrama  
En prez, en alabanza  
De nación que renombré tal alcanza.  
»Descubrid quiénes fueron  
Los que, de su hermosura enamorados,  
Primero aquí vinieron:  
Si fué el celta aterido,  
Los de Tiro, al comercio dedicados,  
O el griego fementido  
Después de aquella guerra  
Que á la opulenta Troya puso en tierra.  
»De la falsa Cartago,  
De la soberbia Roma los ardides,  
El mentiroso halago  
Al mando hacéd patentes;  
Mas también referid las fieras lides,  
Los combates frecuentes  
Que sufrieron primero

Que echasen la cadena al fuerte ibero.  
»A Sagunto y Numancia  
Veo arrollar inmensos escuadrones.  
¡Ay! ¡Qué heroica constancia!  
¡Qué horrible vocería  
Sube al cielo! ¡Qué ardientes campeones!  
¡El humo cubre el día!  
Si: libertad amada  
Quema sus muros, los reduce á nada.  
»Decid cómo inundaron  
Enjambres de naciones esta tierra:  
Que los godos llegaron,  
Por su faz se extendieron,  
Y después los alumnos de la guerra  
Con impetu salieron  
De su arsenal ardiente  
A sojuzgar la reina del Poniente.  
»Cuanta dura fatiga!  
¡Cuanto amargo dolor se presentaba  
Al de fuerte loriga,  
Al de arnés tresdoblado,  
Al que pica ó espada manejaba!  
En su sangre bañado  
Continuo se veía,  
Y en la lid le encontraba siempre el día.  
»Hasta que el gran Fernando,  
Las barras y castillos reuniendo,  
Y el poder quebrantando  
Del africano duro,  
Fué á la España feraz restituyendo  
Aquel resplandor puro  
Que tanto enamoraba  
Al que su rostro atento contemplaba.  
»Ciencias y artes, serenas  
A la sombra del trono se sentaron;  
Derramó á manos llenas  
Sus frutos Amaltea;  
Los hechos del hispano traspasaron  
A toda humana idea,  
Y áun siendo tan fecundo  
Su suelo, estrecho en él, buscó otro mundo.  
»Mil mares sujetados,  
Potencias derrocadas por el suelo,  
Monarcas aherrojados,  
Hicieron que la Gloria  
Lo llevase á su templo con anhelo,  
Para eterna memoria;  
La Europa retemblara,  
Y la Envidia sus dientes aguzara.  
»¡Ay! Nada en un sér dura.  
Al león de la España no vencido  
Venice una calentura,  
Y la horrorosa muerte  
Le va ya á sepultar en el olvido.  
Echada está la suerte....  
Mas no, que el cielo justo  
Restaura su salud, le borra el susto.  
»Levántase y respira;  
Siente aumentar su fuerza y se envanece;  
La vista en torno gira,  
Ve que bajo su planta  
El árbol sacro de la gloria crece,  
Y al éter se levanta;  
Y de suerte se alienta,  
Que con su antiguo orgullo se presenta.  
»Si: la España camina  
A su dicha con paso agigantado;  
Mi espíritu adivina  
La gloria venidera....  
Y vosotros, que habeis hoy empezado  
Tan plausible carrera,  
Tejed á esa matrona  
Para su hermosa frente la corona.  
»No el lauro se confia  
Al que de la lid fiera se retrae,  
Sino á aquel que porfia  
Por alcanzar victoria;  
Que el ánimo esforzado no decae.  
Y así seguid; la historia  
Estudiad con instancia,  
Sus lecciones tomad, tened constancia.»

## A DON FRANCISCO DE PAULA PERALTA.

Infunde al pecho mío,  
Caliope, tu vigor, dale tu aliento,  
Esparce tu rocío,  
Dulcifica mi acento;  
Que jamás alcé tanto el pensamiento.  
No el carro pavoroso  
Del homicida Marte, en sangre tinto,  
Ni el eco estrepitoso  
De la lid, ni el ya extinto  
Héroe, ni el humo, ni el furor yo pinto.  
Plácido tono quiero;  
Versos que exhalen, cual la miel, olores,  
Que en alas del ligero  
Céfiro, sin temores  
Vayan, como la esencia de las flores,  
Cuando llega lascivo,  
Abre su copa, de su aliento bebe;  
Con un vuelito activo  
De una en otra se mueve,  
Y agita á todas con impulso leve.  
Mas ¡ay! que el pecho siento  
Vivamente inflamado; por mis venas  
Corre el fuego; al momento  
Las hincha, y ya, de llenas,  
Ni alentar ni moverme puedo apénas.  
Venga la sacra lira;  
El plectro de marfil las cuerdas hiera,  
Que ya el númen me inspira,  
Me enardece, me altera,  
Y la voz lucha por salirse afuera.  
Mas ¡a quién dirigido  
Irá mi canto, sino á tí, Peralta,  
A tí, á quien revestido  
De la virtud más alta,  
El trono no hace sombra, el oro falta?  
A tí, que la escabrosa  
Senda, que al templo del saber conduce,  
Huellas con animosa  
Planta; á tí, en quien reluce  
La luz, que el vivo manantial produce.  
A tí, que te desnuevas  
Sobre toda la inmensa muchedumbre  
De sabios, y que enhiestas  
En la difícil cumbre  
Tu cerviz con no vista dulcedumbre.  
Pues cual vena abundante  
De claras aguas, que al salir revoca  
Con ruido resonante,  
Cae desde una roca,  
Llega al suelo y fecunda lo que toca.  
La ciencia se derrama  
De tu elocuente labio; corre, prende  
Con refulgente llama;  
Los ánimos enciende,  
Y el que te escucha arcanos mil aprende.  
Sigue, pues; mas traslada  
Lo que te influye, favorable, Febo;  
Tu ciencia delicada,  
Tu dulce estilo, cebo  
Para aquel que en las letras es aún nuevo;  
Pues no es razón que el cano  
Tiempo, tanto saber con su hoz destruya.  
No seas, no, inhumano  
Con cosa que es tan tuya,  
Aunque tu gran modestia lo rehuya.  
Que yo te admiro en tanto,  
Como garza que al cielo se acelera....  
Mas cese el débil canto;  
Que en tan veloz carrera,  
Alcanzarte mi voz jamás pudiera.

AL CORONEL DEL REGIMIENTO  
DE LA POSMA (1).

¡Feliz aquel que, lejos de cuidados  
Y pleitos enfadosos,

(1) El Marqués de Méritos, para ridiculizar á la gente apática y cachazuda, inventó el imaginario empleo de Coronel del Regimiento de la Posma, que se aplicaba á sí mismo. Esta creación fantástica

Aborrece los ecos horrosos  
De la trompa que anima á los soldados,  
Y con sencillo pecho  
Nunca quiere moverse de su lecho!  
Que detesta los puestos, los honores  
Y la gloria mundana;  
Que por nada se agita ni se afana,  
Ni le cuesta pesares ni sudores,  
Y como caballero,  
Es en todas las cosas el postrero;  
Que en su silla-poltrona con cuidado  
Y despacio se sienta;  
Alza los ojos y las vigas cuenta,  
Los brazos pone en uno y otro lado,  
Inclina la cabeza,  
Estornuda, se estira y se espereza;  
Que no tiene cuidado en si es estío,  
Invierno ó primavera;  
Si el cielo con relámpagos se altera  
O se apocan las gentes con el frío;  
Pues mientras truena ó hueve  
Come, bosteza, duerme y no se mueve;  
Ni de Tiro la grana, ni de Oriente  
Las perlas delicadas,  
Ni las telas de Flandes afamadas  
Mueven su corazón, llenan su mente,  
Porque son sus vestidos  
Chinelas, bata y gorro envejecidos;  
Que si comienza á hablar, no finaliza,  
Y si callar le toca,  
No abrirá nunca su cerrada boca,  
Aunque vuelvan sus miembros en ceniza,  
Y, amante de su suerte,  
Ni le importa la vida ni la muerte.  
Pero más feliz aún y venturoso  
¡Oh tú! que has emprendido  
Recoger ese gremio esclarecido  
De posmas en un cuerpo numeroso,  
Señalando coronas  
Y empleos á sus almas dormilonas.  
Tú, cuyo imperio ilustre y dilatado  
A todo el orbe abarca,  
Siendo muy débil el mayor monarca,  
A tu gran poderío comparado;  
Porque tu reino encierra  
Los hombres más pesados de la tierra.  
Escucha este mi canto, que humillado  
Ahora te presento;  
Pues yo que sea de tu gusto cuento  
Por lo mucho que tiene de pesado;  
Que si agrada á tu oído,  
Me tendré por premiado y complacido.

## AL MISMO.

Descanso pide con ferviente voto  
El laso marinerito  
En el golfo de Yeguas, donde fiero  
Azota el mar y brama el negro Noto,  
Cuando la nube espesa  
Entre el cielo y la nave se atraviesa;  
Descanso pide el duro moscovita,  
De matar fatigado;  
Suspira el turco, de Ismail echado,  
Por el paterno techo, donde habita,  
Cuando la odiosa guerra  
En la morada de Pluton se encierra.  
Piden descanso, que no compra el oro  
Ni las piedras preciosas;  
Que no vive en las mesas suntuosas,  
Bajo rico artesón de sabio moro,  
Por los jaspes lucentes,  
Ni entre la turba vil de los sirvientes.  
No el hinchado portero, ni el escudo

de su carácter chancero alcanzó un éxito extremado, y tuvo eco aplauso en la sociedad más culta y hasta en el palacio de los reyes. «Trovadores del mejor númen, dice un biógrafo, cantaron en loor del Cuerpo Posmático. El Conde de Ureña compuso, con este motivo, el gracioso poema *La Posmática*. El Conde de Noroña dedicó al Coronel dos odas, arregladas á las ordenanzas que el jefe había dado.» (Nota del Colector.)

Con arte timbreado  
La entrada impiden al crüel cuidado,  
Que busca los palacios á menudo,  
Y por las salas gira  
Donde el pincel y el múrice se admira.  
Es el tiempo fugaz, y gran locura  
Gastar sus breves horas  
Entre las tempestades tronadoras;  
Pues no arredra al pesar la inmensa altura  
Del vaso de tres puentes,  
Ni el furor de las tropas impacientes.  
Hasta en la choza pastoril se sienta,  
En los pechos se infunde,  
Al pobre, al rico, todo lo confunde;  
Ni con edad ni sexo tiene cuenta;  
Sólo en un regimiento  
No ha podido encontrar acogimiento.  
Sobre un mórbido lecho recostado,  
En la Holanda sumido,  
Derramados los brazos, extendido  
El cuerpo, con sopor, desmadejado,  
Por nada se contrista  
El héroe que una vez en él se alista.  
Dormir á pierna suelta con sosiego  
Son sus evoluciones;  
Atronar con ronquidos los salones,  
El ejercicio general de fuego;  
Su volar tras la fama,  
Pasar días enteros en la cama.  
No voltean las penas enojosas  
En torno su cabeza;  
Aquí se halla en su trono la Pereza;  
Porque están las pasiones tan ociosas,  
Que sus tardos sentidos  
No son por cosa humana conmovidos.  
Vengan, pues, el guerrero ensangrentado,  
El mercader sediento,  
El palaciego astuto aquí al momento,  
Y verán el descanso suspirado  
En una alcoba oscura,  
Donde el ruido jamas entrar procura.  
Vengan, pues; y tú, jefe esclarecido,  
Hazles ver que la trompa  
Y el estéril laurel, y el oro y pompa  
No pueden producir gusto cumplido;  
Pues la paz verdadera  
Sólo se encuentra bajo tu bandera.

## IMPRECACION CONTRA LA GUERRA.

## Á DON FERNANDO CAJIGAL.

Cuando miro, Fernando, congregadas  
Las huestes sobre el llano; que tremolan  
Las bélicas banderas; que el infante  
Aprieta en la robusta mano el arma;  
Que el jinete impaciente arde y suspira  
Por aflojar la rienda al brido suelto,  
Que tascando el bocado se consume,  
Y que, por otra parte, los cañones  
Estremecen los montes convecinos;  
Cuando veo, por fin, saltar ligera  
A la muerte feroz sobre su carro,  
Y resonar sus ruedas pavorosas  
Sobre nuestras cabezas, arrastrando  
Tras sí sus espantosos compañeros,  
El pálido Temor, la no saciable  
Mortandad, los relámpagos, el trueno,  
Y que, empuñando en la derecha el hierro,  
Y el fuego en la otra mano, se salpica  
El eje con la sangre de los hombres,  
Y su carro se cubre de ceniza  
De las obras y esfuerzos de las artes,  
Que el tiempo mismo respetado habia;  
Cuando encuentro á la Guerra en sus estragos;  
Cuando contemplo á César coronado  
De sangrientos laureles, y que el triunfo  
De Anibal, de Scipion, del grande Tito,  
Sobre fuego, sobre humo, sobre nada  
Se eleva y engrandece, me enardezco  
Y de lo hondo del pecho saco fuera  
Estas palabras, en furor envueltas:

« Maldito una y mil veces el primero  
Que, destrozando las sagradas leyes  
De la naturaleza, quiso, osado,  
Eleva su cabeza con orgullo  
Sobre todos los otros sus iguales,  
Y, deshaciendo los estrechos lazos  
Con que estaban los hombres réunidos,  
Dió á la Discordia entrada, y á la Guerra  
Revistió con el traje de la Gloria,  
Para que, deslumbrados los mortales,  
Por diosa del honor la diesen culto.  
Maldito, digo, quien así del orbe  
Desterró para siempre la Paz dulce:  
La Paz, único bien que el hombre deba  
Estrechar en su seno y con su boca  
Cubrir de ardientes amorosos besos.  
Maldito, vuelvo á repetir airado,  
Su nombre horrible; para siempre sea  
Cubierto de ignominia, ó confundido  
En los abismos hondos del Averno. »

## Á LA BATALLA DE TRULLÁS (1).

¡Ay! Veo renovar sobre la tierra  
El audaz ardimiento  
Con que osaron subir al firmamento  
Los gigantes, haciendo á Jove guerra,  
En sus brazos fiados,  
Y en los montes con ellos arrancados.  
Hay, pues, otros Encélados sañosos,  
Que arrojen troncos duros  
Con mano impia á los celestes muros;  
Hay otros Alcioneos poderosos,  
Cuya sangre vertida  
Les dé nuevo vigor y nueva vida.  
Y Porfirios disformes, y Mimantes,  
Y Giges y Lifeos,  
De un ardor indomable en sus deseos  
Más llenos de teson, más arrogantes;  
Mas nunca el furor puso,  
Como en el cielo, aquí temor confuso.  
No como aquellos dioses que, oprimidos  
Del terrigeno asalto,  
Dejaron su mansion con sobresalto,  
En muy distintas formas convertidos.  
El hispano constante  
O mudanza ó pavor muestra un instante.  
Cual la fúndosa encina, ya arraigada  
En un ágrío repecho,  
Que la hacha aguda ni el robusto pecho  
Logran verla en el suelo derribada,  
Pues siempre, siempre crece  
Y á pesar de los golpes florece,  
Resiste el impetuoso ataque horrendo  
Del galo en las trincheras;  
Detiene su furor, y sus banderas  
Valiente arrolla, y el cañon tremendo  
En la alta cumbre sueña,  
Y sus haces persigue y desordena.  
Retírase el frances; pero, cobrando  
De su misma caída  
Mayor orgullo, su destrozó olvida,  
Y en contra vuelve del iberio bando;  
Sus huestes le presenta,  
Y aunque ya sin vigor, ánimo ostenta.  
Segunda vez atruena el bronce herido  
Los montes cavernosos;  
Levántanse clamores horrosos,  
Mézclase el vencedor con el vencido,  
Y la Muerte, causada,  
Desca que se envaine ya la espada.  
Como cuando las nubes, congregadas  
En la region del viento,  
Oscurecen el claro firmamento,  
Y, en rápidos torrentes desatadas,  
Anegan el sembrado,  
La mies ahogan, matan el ganado,

(1) Trullás, en el Rosellon. Se refiere á la gloriosísima victoria alcanzada por el general don Antonio Ricardos, sobre el de la república francesa Dagobert, el 22 de Setiembre de 1793. (Nota del Colector.)

Que tu ánimo guerrero  
Merece, como Aquiles, otro Homero.

## Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

AÑO DE 1795.

La Discordia levanta su cabeza,  
De víboras crinada;  
Las mueve, las sacude, y agitada  
Retiembla la mansion de la tristeza;  
La turbia Estigia crece,  
Y el tenebroso Averno se estremece.  
Á su voz, semejante al despedido  
Trueno de parda nube,  
La muerte horrible con presteza sube  
En su carro fatal, y conducido  
Por la espantosa guerra,  
Hace gemir los polos de la tierra.  
En pos de ella caminan la Hambre fiera,  
La Miseria afanosa,  
La devorante Fiebre, la ambiciosa  
Gloria, el Furor y Rabia carnícera,  
Y todos cuantos males  
Comprimen con la Guerra á los mortales.  
Enmedio eleva su orgullosa frente,  
Desnuda y descarnada,  
De fuego y hierro la derecha armada;  
La mueve en derredor rápidamente,  
Y las riendas tomando,  
A sus negros caballos va incitando.  
Tasean el freno, y con rabiosa espuma  
Bañan el ancho pecho;  
Tiran, se afanan, corren con despecho,  
Que el látigo sonante los abruma;  
Su intrépida carrera  
Enciende el eje, cual si arista fuera.  
Todo es fuego y furor, todo se llena  
De horrorosa matanza;  
Ya en medio de la Galia se abalanza,  
Con sangre humana enrojando el Sena;  
Ya en su centro se irrita,  
Desploma el templo, el trono precipita.  
Ya revuelve su carro fulminante  
Hacia el belga animoso;  
No le deja un momento de reposo,  
Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante  
Le arranca en solo un día  
Lo que antes en cien años no podía.  
Ya de la altiva Albion derriba al suelo  
Las huestes sanguinosas,  
Que, ganando las playas arenosas,  
Al mar se arrojan con medroso anhelo,  
Y en sus naves veleras  
Abandonan confusas sus riberas.  
Ya los muros de hielo, que á su paso  
El bátao le opone,  
Osado pisa, y en su suelo pone  
El victorioso pié; su cuello laso  
El holandés inclina;  
Le abate, y hacia el Rhin veloz camina.  
Allí, como un torrente impetuoso,  
Cuanto encuentra arrebata,  
Y tala y quema y desordena y mata.  
El robusto alemán y el belicoso  
Prusiano se retiran,  
Tiemblan al verla, con rubor se admiran.  
Y los Alpes tambien al grave peso  
Bajan la erguida cima;  
Pasa la presta Muerte por encima,  
Envuelta en polvo, en sangre, en humo espeso,  
Y queda sin aliento  
El sardo á tan altivo movimiento.  
Así el frances guerrero, conducido  
Por la tremenda muerte,  
Aterra al animoso, rinde al fuerte,  
Y sumerge en el seno del olvido  
Todas cuantas victorias  
Era el dón más precioso un alma pura;  
Esta te ofrezco ahora,  
En tanto que una trompa más sonora  
Tu nombre eleva á la celeste altura;

La pesada cadena destruiste,  
Y con ardor guerrero  
Humillaste á tus piés otro hemisfero;  
Tú, que te viste del frances triunfante,  
Y con marcha atrevida,  
Ya del Tec refrenaste la corrida,  
Ya diste espanto al Canigó gigante,  
Mil laureles cogiendo  
Cuando la Europa toda estaba huyendo;  
¿Tú palida y errante! ¿Tú aterrada (1)  
Sueltas la fuerte espada?  
¿Del contrario te ves atropellada,  
El ropaje pisado, desceñida,  
Destrenzado el cabello,  
Rotas las joyas del hermoso cuello?  
¿Qué tienes? Di, ¿levantas á los cielos  
Tus ojos lagrimosos?  
¿Exhalas mil suspiros dolorosos?  
¿No encuentras ¡ay! alivio á tus desvelos?  
¿Tuerces las blancas manos?  
¿Tus males son tan fuertes, tan tiranos?  
«Lo son tanto.... ¿No miras ya la cumbre  
Del nevado Pirene,  
Por el galo ocupada; cómo viene,  
Bajando con inmensa muchedumbre,  
Que el polvo roba al día,  
Y ensordece su horrenda gritaría?  
»¿No miras que á su impulso el fuerte muro  
Cede, se abre, le abriga?  
¿No ves la hambre, la sed y la fatiga?  
¿No ves que no hay asilo ya seguro,  
Y que el Ebro, espantado,  
No opone diques al frances osado?  
»¿No ves la reja dura abandonada  
En los surcos primeros?  
¿Sin pastores balando los corderos,  
Los talleres desiertos, profanada  
La estancia de las Musas,  
Y á ellas girando en derredor confusas?  
»¿No ves ya solos los paternos lares,  
Los techos humeando,  
Los caminos, las sendas ocupando  
Ancianos y mujeres á millares,  
Que huyen horrorizados  
Del sangriento furor de los soldados?  
»El tierno niño de la veste asiendo  
De su madre azorada,  
La detiene en su fuga acelerada  
Y sus brazos con llanto está pidiendo;  
Mas ella no le escucha;  
Que el tiempo es corto y la congoja mucha.  
»Las vírgenes honestas y encogidas,  
Rompiendo la clausura,  
Exponen su recato y hermosura,  
Andando acá y allá despavoridas;  
Que la flor delicada,  
Expuesta al cierzo, en breve se ve ajada.  
»¿Qué! ¿Serán otra vez los templos santos  
Con rabia destruidos?  
¿Mis hijos á cadenas reducidos?  
¿Volverán á mi seno los quebrantos?  
¿Y Dios, para castigo,  
Renovará los tiempos de Rodrigo?  
»No, España, no te afanes, y serena  
El turbado semblante;  
El cielo justo con amor constante  
Te quiere y te protege, mira llena  
El aura de alegría,  
Mira la paz amable que te envía.  
»Mira cuál viene de esplendor cercada,  
Y ninfas que oficiosas  
En torno esparcen arrayan y rosas;  
Repara su cabeza, coronada  
De los frutos de Ceres,  
Y en pos de ella corriendo los placeres.  
»Abre tus brazos que los suyos tiende  
Con amoroso exceso;  
Recoge de su boca el dulce beso

(1) *Aterrada*, por *aterrada*, es una de las varias palabras que NORONA creaba sin escrúpulo, cuando le apremiaban la medida ó la rima. Tal vez la consideraría como una contracción de la voz anticuada *aterrada* (*amedrentada*). (Nota del Colector.)

Con que ese tu dolor borrar pretende,  
Y en su seno acostada,  
Disfruta de la dicha deseada.  
»Disfrútala en buen hora, que aún el trueno  
Resuena en el oído,  
Aun se escucha el beligeró alarido,  
Aun el suelo se ve de sangre lleno,  
Y tú, ya alegre en tanto,  
En risa vuelves el pasado llanto.  
»Nace el día en los brazos de la aurora;  
Asoma en el Oriente  
Un destello de luz, rápidamente  
Se extiende, el cerco de las nubes dora,  
Y el tenebroso velo  
Rasgado cae desde el alto cielo.  
»Así la Paz se esparce por la tierra:  
El carro de la Muerte  
Estalla, vuelca, y con impulso fuerte  
Lanza lejos de sí la horrenda Guerra,  
Que por el aire vago  
Rodando, se despeña al negro lago.  
»Al golpe, con revueltos remolinos,  
Las ondas se levantan,  
Los eternos cerros se quebrantan,  
Se conmueven los muros diamantinos,  
Y queda el monstruo airado  
En su profundo abismo sepultado.»

#### CONTRA LA CORRUPCION DEL SIGLO.

Este suelo lozano,  
Do su riqueza derramó natura,  
¿Ay! extranjera mano  
Cuidó de su cultura,  
Cuando yacía el español en dura  
Y amarga servidumbre;  
Y el que el esfuerzo resistió constante  
De Roma, y á la cumbre,  
Templo del gran Tonante,  
Retemblar hizo, y demudó el semblante  
Del hijo de Quirino,  
Cercado de cadenas, vió asolada  
Su patria, y de un ferino  
Furor amancillada.  
»La esposa fiel, la virgen consagrada.  
Sus lágrimas bañaron  
Con riego estéril los paternos lares,  
Que en ellos se cebaron  
Árabes á millares,  
Convirtiendo en establos los altares.  
Como el Vesubio ardiente,  
Cuando vomita con horrible estruendo  
Su rápido torrente,  
Va los montes hendiendo,  
Y pueblos en su curso destruyendo;  
Cual Pompeya, Herculano,  
Y otros que yacen en eterno olvido  
Por su furor insano,  
Así fué destruido  
El godo imperio, el reino más florido.  
Constantes saguntinos,  
Soldados de Viriato valerosos,  
Soberbios numantinos,  
Compañeros gloriosos  
De Sertorio, españoles belicosos,  
¿Adónde arrebatados  
Guias la planta, de temor dudosa?  
¿Los hechos esforzados,  
La sangre generosa  
Que anima el corazón, ni la famosa  
Remembranza de aquellos,  
Que jamas bajo el yugo colocaron  
Sus indomables cuellos,  
Ni tantos que ensalzaron  
La patria y con su muerte la libraron,  
¿Alentados ya puede?  
¿Como al lobo los tímidos corderos,  
Vuestra potencia cede  
A los árabes fieros?  
Vergüenza da, y espanto y rabia veros.  
¿Qué mucho! Sumergidos

En ocio y á los vicios entregados,  
Torpes ya los sentidos,  
Los brazos enervados  
Y los ánimos fuertes apagados,  
Opusieron en vano  
Su desmayada hueste al golpe duro  
Del robusto africano;  
Nadie quedó seguro,  
Ni á pecho abierto, ni detras del muro.  
Y vosotros, Pelayos,  
Sanchos, Alfonsos, Dávilas, Guzmanes,  
Que como ardientes rayos  
Y sabios capitanes,  
Desplegando los rojos tafetanes,  
Blandísteis la cuchilla  
En los montes de Asturias escabrosos,  
Llanuras de Castilla,  
Y en donde los medrosos  
Godos huyeron, no, no estáis gozosos.  
Vuestrós hijos no imitan  
Vuestra ilustre virtud, vuestras acciones;  
Con pesados barrones,  
Ni al sol revuelven áridos terrones;  
Ni al caballo fogoso  
Hacen que tasque de oprimido el freno,  
Y suba presuroso  
El áspero terreno,  
De polvo, de sudor, de sangre lleno;  
No los juegos marciales,  
En que el brio se muestra y la destreza,  
Usan con sus iguales,  
Sino infame torpeza,  
En que gime de horror naturaleza.  
Canciones habaneras,  
Bailes, en que los miembros, agitados  
Con mudanzas ligeras,  
Dejan de ardor tocados  
Los ánimos más frios y apagados,  
La doncellita aprende  
Desde su tierna edad y se ejercita;  
La llama que así enciende,  
Sus deseos irrita,  
Y al fin la venda del rubor se quita.  
En un ruinoso juego  
El varón, ó en la crápula sumido,  
Permite con sosiego  
Que el virginal oído  
Sea con desenfreno corrompido;  
Y luego muy gozoso  
En su lecho la admite, á fin que osada  
Se burle de su esposo,  
Y quede destrozada  
Del tálamo nupcial la fe sagrada.  
¿Qué esperanza nos resta  
Con progenie tan torpe, tan viciosa,  
Si acaso viene presta,  
Y destruímos osa  
Otra nacion robusta y belicosa?

#### Á LA BUENA MEMORIA

DE DON ANTONIO VERDEJO, CANÓNIGO DE TARRAGONA.

Una voz resonante,  
Que en la mansion etérea penetrará,  
Y á Júpiter tonante  
El rayo de la diestra derribará,  
Antonio, deséara  
Para librar tu nombre esclarecido  
Del tiempo avaro y del oscuro olvido.  
¿Y qué menos debiera  
Hacer por mi maestro, luz y guía?  
¿Ay! si cantar pudiera  
Cual anhelo, pintára yo aquel día  
Que con sábia osadía  
Mi espíritu abatido levantaste,  
Y á la falda del Pindo me llevaste.  
De su escabrosa altura  
Absorto, volví atrás el pié dudoso;  
Pero tú, con dulzura  
Serenando mi pecho congojoso,

Me dijiste animoso:  
«Quien no se afana en el combate ardiente,  
Nunca de lauro ceñirá su frente.»  
Y mi mano tomando,  
Arrastraste mis piés por la aspereza;  
Seguíte anhelando,  
Y volviendo á lo llano la cabeza,  
Crecía mi torpeza  
Al paso del cansancio; me paraba,  
Mas tu nervioso brazo me ayudaba.  
Cual virgen encogida,  
Que al nombre de himeneo se demuda,  
Al verse conducida  
Al altar, llora y acercarse duda,  
Y cuando desañuda  
La zona el dios, de pasmo queda helada,  
A su intenso dolor abandonada;  
Mas luego que en el pecho  
Arde la llama del amor, y vierte  
Sus gustos, el despecho  
En dulce complacencia se convierte,  
Pues de esta misma suerte,  
Cuando vencí la cumbre, en alegría  
Cambió su desconuelo el alma mía.  
Tú entónces me enseñaste  
Los secretos del monte delicioso;  
Tú mi frente bañaste  
En el raudal que corre tortuoso  
En su bosque espacioso;  
Tú en el templo de Febo entrar me hiciste,  
Y tú su amparo para mí pediste.  
Tú al venerable Homero  
Me diste á conocer. ¡Oh qué armonía,  
Qué fuego duradero,  
Qué gracia en la expresion, cuánta energía  
En su trato sentía!  
Yo estaba con su acento embelesado,  
Días enteros sin dejar su lado.  
Conocí al grave Horacio,  
Dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,  
Y á cuantos en el Lacio  
Amaba Febo y el castalio coro;  
De su acento canoro  
Animado, tomé la lesbia lira,  
Que blando canto y blando amor inspira.  
Advertí que las fieras  
Súaves á mis ecos se volvían,  
VÍ las aves parleras  
Que atentas escuchando enmudecían,  
Miré que se salían  
Las hierbas, que las flores se exhalaban,  
Y su copa los troncos inclinaban.  
«No, no es mi melodía  
La que produce efectos tan no usados,  
Confuso repetía,  
Sino los dulces metros acordados,  
Por éstos inspirados;  
Suyo es mi canto, mi destreza es suya,  
Razon es que este dón les restituya.»  
Pero Febo, apartando  
Los rojos rayos de su clara frente,  
Dijo con tono blando:  
«Esos versos que cantas tiernamente,  
Que halagan la corriente,  
Y en su ala lleva placido el Favonio,  
Sólo los debes al profundo Antonio.  
»Todo cuanto cantares,  
Todo es suyo, todo obra de sus manos,  
Ora fieros pesares  
Publíques, ó contentos soberanos,  
Ora de los tiranos  
Celos pintar pretendas la inclemencia,  
O del hijo de Venus la potencia;  
»Ora los dulces nudos  
De la santa amistad risueño entonces,  
Ora de los membrudos  
Atletas ó los bélicos varones  
Celebres las acciones,  
O ya discantes con estilo grave  
Los gratos bienes de la paz suave;  
»Ora la pluma esgrimas  
Contra el infame vicio y desenfreno,

Ora pausado exprimas  
De la filosofía el trato ameno,  
Y en su cándido seno  
Recostado, demuestras con voz fuerte  
Que al justo es dulce la temida muerte.  
»En fin, cualquiera cosa  
Que tu voz atrevida cantar quiera,  
Por nueva y escabrosa,  
Lo mismo es que si Antonio lo dijera;  
Si él en tí no vertiera  
El raudal de su ciencia, nunca osado  
Tales versos hubieras entonado.»  
Dijo, y con tierno halago  
Me reclinó en tu pecho cariñoso;  
Mas ¡ay! que el fiero estrago  
Con que el orbe destruye el tiempo ansioso,  
Robóme presuroso  
Tu trato, tu saber, mi único arrimo,  
Y en balde ¡ay! mi dolor llorando exprimo.  
¡Tu decir elocuente,  
Tu fuego, tu entusiasmo, qué se hicieron?  
¡Tu pensar eminente  
Dónde está? ¡Tus virtudes dónde fueron?  
Todos desaparecieron;  
Al sacro empuje rápidos volaron,  
Y polvo y luto y pena nos dejaron.  
Y tú, alma afortunada,  
Que de lazos mortales desprendida,  
En la eterna morada  
Gozas perpétua bienhadada vida,  
Si mi voz dolorida  
Penetra donde estás, oye mi canto,  
Que hoy hasta el cielo en tu loor levanto.  
Y del amor movido,  
Que en el mundo tuvísteme algún día,  
Deja el sagrado nido,  
Y ven á hacerme grata compañía;  
Así la musa mía  
Hará ver con un claro testimonio  
Que en el seno nació del sabio Antonio.

#### Á UNA ROSA YA MARCHITA.

¡Cuán triste y desmayada  
Te presentas á mí, fragante rosa!  
Tú, que en el Mayo con la frente alzada,  
Esparciendo tu esencia deliciosa,  
Y mostrando con pompa tus colores,  
Por reina te aclamaste de las flores;  
Tú, que en las sacras mesas  
Derramas los placeres con tu aliento;  
Tú, que conservas en tu copa impresas  
Como el más singular bello ornamento  
Las gotas que brotaron del pie hermoso,  
Que agitaba de Adoni el eco ansioso;  
Tú, tan mustia, abatida,  
Amarillas las hojas, destrozada,  
La verde veste á polvo reducida,  
Casi entrando en el reino de la nada?  
«Pasó la Muerte, hirióme, y sólo sombra  
Soy que hasta al pecho que me quiso asombra.  
»Estos débiles restos  
Arrójalos, que el tiempo los consuma,  
Otros capullos plácidos, entiestos,  
Sobre quienes Amor bate su pluma,  
Te causen un deleite regalado,  
Y no un sér por la Muerte aniquilado.»  
¡Qué! Muere el avariento  
Que una provincia al hambre ha reducido,  
Y se le eleva un rico monumento,  
Con mármoles de Páros construido  
Y ornado con pesadas inscripciones,  
Que desmienten sus pérfidas acciones;  
Fallece el poderoso,  
Que virtudes y ciencias ha ultrajado,  
Y corre al templo el pueblo presuroso,  
Se atropa en torno el tímulo elevado,  
Al Eterno por el ferviente implora,  
Y con el orador se affige y llora;  
Rinde el alma el guerrero,  
No harto de sangre, asolador del mundo,

Y gime por su muerte el bronce fiero;  
Se llenan todos de dolor profundo,  
Y erigen mil estatuas en memoria  
Del que de oprobio cubrirá la historia,  
¡Y tú, que siempre has sido  
Delicia de los pechos agitados,  
Has de entrar en el seno del olvido,  
Cual los míseros siervos aherrojados,  
Y entre seres deshechos confundida,  
No ha de quedar vestigio de tu vida?  
Tú, que ministro fuiste  
Del aligero dios, y el sacrificio  
Más puro, más ardiente presidiste,  
Cuando, á mis votos el Amor propicio,  
El corazón de Lesbia me entregaba,  
Que entre tiernos suspiros se exhalaba?  
Tú, que alegre á mi mano,  
Del trono de su frente descendida,  
Viniste como gaje soberano  
De la fe con tal ansia prometida  
En el punto fatal, que divididos  
Eran los dos amantes más unidos?  
No, compañera afable,  
Recuerdo de mis dichas malogradas,  
Lustre del Mayo, flor incomparable,  
Bien de las almas del amor tocadas,  
No temas de las otras la ventura;  
Tú existirás, mi pecho lo asegura,  
Deshecha, deshojada,  
En átomos sutiles convertida,  
En mi seno estarás siempre abrigada,  
Su fuego te dará de nuevo vida,  
Y cobrarán su esencia tus despojos  
Con el humor ardiente de mis ojos.  
Ven, agradable rosa;  
Sobre mi corazón tu tumba sea;  
Con paz tranquila, con placer reposa,  
Y el orbe todo en este ejemplo vea  
Que no hay templo ni asilo más honroso  
Que un corazón sencillo y amoroso.

#### Á LA MARQUESA VIUDA DE ROSEN,

##### POR LA MUERTE DE SU ESPOSO.

¡Quién no estará pasmado, sorprendido  
Y cubierto de susto  
Con la fatal ausencia de aquel justo,  
Que como pocos en el mundo ha sido?  
¡Quién habrá que no ceda  
Al dolor, y su llanto no conceda?  
¡Sonando acaso la torcida trompa,  
Rasgará mi eco el viento?  
¡Pintaréle ardoroso y sin aliento  
En pos de un larro seco ó vana pompa,  
Después de haber dejado  
El suelo en sangre y lágrimas bañado?  
No, Enrique, no merece tu dulzura  
Recuerdos tan funestos;  
Tú no naciste para el mal cual éstos,  
No presidió tu luz la Parca dura,  
No el dón tuviste fiero  
De asolar por la fama el orbe entero.  
La paz, la dulce paz, la paz tranquila  
Escogió por morada  
Tu seno, en donde nunca tuvo entrada  
El erimen, que á los otros aniquila,  
Pues en tu labio puro  
El hombre reposó, se vió seguro.  
Mira, mira á los Vicios, que, elevando  
Su orgullosa cabeza,  
Las crudas palmas baten con fiereza,  
Tu dolorosa muerte celebrando,  
Tales cosas diciendo  
Entre maligna risa y ronco estruendo:  
«Ya murió aquel que activo la cadena  
A nuestro cuello echaba,  
Ya la Paz, que en su pecho se gozaba,  
Huyó, de espanto y amargura llena;  
Ya mostrarnos podemos;  
Salgamos y á los pueblos alteremos.»  
No, monstruos de la Stigia sanguinosos;

Es vano vuestro intento,  
Enrique desde el alto firmamento  
Nos contempla con ojos amorosos,  
Y desde allá procura  
Mantener la quietud augusta y pura.  
En torno de nosotros vaguando,  
Su sombra será escudo  
Contra vuestro rencor y afán sañudo,  
Los venenosos tiros rechazando,  
Y haciendo que al Averno  
Volvais rabiando con pesar eterno.  
Y tú, ilustre y sensible compañera  
De un varón tan amado,  
No así te quejes del rigor del Hado;  
Suspende tu lamento y firme espera;  
Que nunca el justo cielo  
Dejó á los virtuosos sin consuelo.  
Si la inflexible Parca no igualára  
Con el techo indigente  
El palacio real, y si clemente  
Con alguno su rostro se mostrara,  
La muerte entónces fuera  
Una desgracia atroz y verdadera.  
Mas una noche nos espera á todos;  
Todos tomar debemos  
La senda del sepulcro; no volvemos  
A pisarla segunda vez; ni hay modos  
De alejar este instante,  
Aunque armemos el pecho de diamante.  
A unos conduce al eterno desmayo  
Mavorte furibundo,  
A otros sorbe en su seno el mar profundo,  
A éstos abrasa el resonante rayo,  
Devora la hambre á aquéllos,  
Y estotros doblan al dolor los cuellos.  
Pues ¡qué resta del hombre? La memoria  
De sus grandes virtudes.  
Esto queda de Enrique, no lo dudes;  
Logra esta eterna merecida gloria;  
No el tiempo enfurecido  
Podrá sumirla en el eterno olvido.

#### ELOGIO Á UNA SEÑORA

QUE EN UNA FUNCION PARTICULAR DE TEATRO HIZO  
EN LA OPERETA DE *La Criada señora* EL PAPEL  
DE SERPINA.

El cedro poderoso  
En el Líbano eleva su cabeza,  
Recorre el sol hermoso  
El ámbito del cielo,  
Ostentando su brío y gentileza;  
Así quien con un vuelo  
Pindárico discanta,  
A todos los poetas se adelanta.  
Musa, toma la lira  
Del tebano cantor, y sòn ferviente  
En el pecho me inspira.  
Cual de Etna cavernoso  
Se desprende la rápida corriente  
Con bramido espantoso,  
Mi canto se difunda,  
Y horror y susto y turbacion infunda.  
Mas ¡ay! que no resuena  
Con dórico furor la cuerda herida,  
Y el aire no se llena  
De bélico estampido,  
No es en cóncavos montes repetida  
Mi voz con ronco ruido,  
Sino en el aura leve;  
Que Amor mis labios y mi pecho mueve.  
También Amor es guerra;  
Cuando cimbreo el arco resonante,  
Muda tiembla la tierra,  
Amor me inflama, y crece  
En mi pecho el ardor. Mi musa cante;  
Que en la lid aparece  
Una nueva heroína:  
La hermosa y dulce, la jovial Serpina.  
Hizo sonar Cupido  
La beliger trompa, y á su estruendo,

II, PS.-XVIII,

Uberto enardecido,  
Se presenta al combate,  
De su cuerpo gentil alarde haciendo;  
El dios las palmas bate  
De contento, y envía  
Quien humille su pompa y bizarría.  
¡Quién pondrá confiado  
Su pecho en contra con audaz denuedo?  
¡Quién de Uberto esforzado  
Haber podrá victoria?  
De Uberto, que al ataque marcha ledo,  
Se corona de gloria,  
Y con marcial acento  
Para los ríos, encadena el viento?  
La preciosa Serpina,  
A quien las Gracias cercan lisonjeras,  
A quien Vénus se inclina,  
Y cuya voz sonora  
Penetra blandamente las esferas,  
Al Olimpo enamora  
Y á Júpiter suspende,  
Que olvida el cetro y su cantar atiende.  
Pues ¡cómo tú presides  
Estas contiendas, hijo de Citères?  
Léjos de tí las lides,  
Los ecos horribles;  
A tí sólo competen los placeres,  
Y los tonos sabrosos  
De la grata armonía  
Son de Apolo y su casta compañía.  
Mas ¡ay! que amor es todo;  
Amor en todo manda, en todo entiende,  
Contra el Amor no hay modo,  
No hay adarga templada,  
Nada lo evita, nada lo defiende,  
Pues sea celebrada  
Su grandiosa victoria,  
Y en su templo la fije la Memoria.  
Uberto, que su pecho  
Ve de atroces heridas traspasado,  
Procura con despecho  
Oponer los enojos  
Al torrente de fuego arrebatado  
De sus voraces ojos,  
Y con aspecto grave  
Demostrarla desden, mas ¡ay! no sabe;  
Que Serpina graciosa  
Con vigor le resiste, y entonando  
Una queja amorosa  
Con eco penetrante,  
Ya todas sus defensas derrotando;  
De suerte que ya amante  
Rinde su ánimo fiero,  
Y en cera vuelve el corazón de acero.  
Oye de la cadena  
Agitarse los recios eslabones,  
Se afra, se enajena,  
Y arrojar determina  
De su pecho oprimido las pasiones.  
Al templo se encamina  
De la gloriosa Fama,  
Que allá en su cumbre con ardor le llama.  
El sanguinoso Marte  
Con su arnés tresdoblado le convida,  
Alegre Uberto parte.  
¡Adónde confiado  
Vueltas, Uberto? ¡Tu preciosa vida,  
Contra el querer del Hado,  
Ofreces á la muerte,  
Y á Serpina abandonas de esa suerte?  
Amor no la abandona;  
Un escuadrón le envía impetuoso,  
Que su empresa corona;  
El Terror macilento,  
Los celos inhumanos, el furioso  
Rencor, y aquel tormento  
Que el corazón padece  
Cuando un ansiado bien se desvanece.  
No al jabalí valiente  
Se arrojan los lebreles tan furiosos,  
Como al jóven ardiente  
Las crüeles pasiones,